

Una mujer al frente del Gobierno de un país como Portugal? Pues sí: una mujer al frente del Gobierno de un país como Portugal. María Lurdes Pintassilgo. Lo que quizá parecía impensable en sociedades del tipo latino (y más todavía, ibérico) se produjo en una de esas combinaciones gubernamentales, tan movidas, a las que últimamente nos tienen acostumbrados nuestros vecinos. Ciertamente que María Lurdes Pintassilgo quizá no sea, precisamente, un común denominador de lo que alguien pudiera entender como típica mujer de esos ámbitos latinos. «A senhora primeiro ministro» de Portugal es soltera, y su profesión, aparte de la política, se encuadra en los campos de ingeniería química e industrial. Pero, por muy excepcional que su carrera pueda parecer, el hecho de que haya accedido a la Presidencia del Gobierno significa, sin duda, un gran paso en la promoción de la mujer portuguesa.

Sus labores: gobernar Portugal

María Lurdes de los cien días

Fundação Cuidar o Futuro

Entrevista: Nicole Guardiola
Fotos: Manuel Moura



Tiene 49 años, es ingeniera química, soltera y desde hace unos meses es la mera mujer jefa de un Gobierno de un país latino, ibérico por añadidura. Bajita, gordita, con una extraordinaria vivacidad en los gestos, en la mirada y en la voz. Los que la conocen dicen que es capaz de hacerse mil amigos por hora, pero la verdad es que la campaña que se abatió sobre ella, desde su nombramiento, por parte de algunos partidos políticos y de un sector de la prensa portuguesa, es la más cruel, la más despiadada y a veces grosera que ha tenido lugar en la vida política lusitana. Pero, aparentemente, estos ataques no han alterado la determinación y el buen humor de María Lurdes Pintassilgo.

En esta entrevista se dejan transparentar varios aspectos fundamentales de su personalidad: idealismo (ella dice romanticismo), entu-

siasmo, cultura y una preocupación por ser rigurosa y concreta en todas sus actividades. Hay que decir que la conversación terminó como se había iniciado, con una carcajada. La señora Pintassilgo irradia simpatía, pero una simpatía exigente, sin familiaridades ni complicidades, ni mucho menos «maternalismo». Da en todo momento la impresión de ser una persona que sabe lo que quiere y que lo quiere con pasión.

Pregunta. Su nombramiento ha despertado una curiosidad que se extiende más allá de las fronteras de Portugal. Ser la primera mujer jefa de Gobierno de un país latino; es un fenómeno político importante. ¿Usted se considera una mujer «fenomenal»?

Respuesta. No considero mi destino excepcional, pero tampoco mi caso es común. Tengo conciencia de haber sido muy privilegiada en mi vida como mujer. Tuve que trabajar muy tem-

prano para poder estudiar. Y cuando era todavía estudiante participé en encuentros internacionales católicos, que me pusieron luego en contacto con muchos problemas nacionales e internacionales. He adquirido progresivamente una multiplicidad de experiencias que me permiten ejercer las funciones que actualmente desempeño. Pero no creo que esto me convierta en una mujer excepcional con respecto a las demás. Hay otras mujeres en mi país y en otros países en quienes reconozco valores y trayectorias que podrían igualmente llevarlas a ejercer funciones como las mías.

Además, quiero subrayar que se habla muchas veces de las mujeres en Portugal, en Iberia, en los países latinos. Sin embargo, no es en estos países donde yo encuentro la mayor discriminación hacia las mujeres. Aquí la relación hombre-mujer es mucho más clara, más sexua-



Fundação Cuidar o Futuro



da. Está siempre presente, en la vida diaria, en el trabajo, en todos los contactos que se establecen. En los países aparentemente más avanzados hay una promoción, una emancipación de la mujer que la nivela con el hombre: la mujer es competente, es capaz cuando se iguala al hombre. Esto es imposible en los países latinos, donde todo lo que uno hace se ve afectado por el sexo al que pertenece.

Dicho esto, y en el caso concreto de Portugal, una vez corregidas las disparidades económicas y sociales, puede verificarse que la situación de las mujeres es bastante satisfactoria en relación con los demás países de Europa occidental y en términos de funciones y profesiones ejercidas. He oído muchas veces comentarios acerca de la elevada participación de mujeres, por ejemplo, en las delegaciones encargadas de discutir problemas económicos a nivel internacional: tene-

mos funcionarias públicas de alto nivel, economistas muy cualificadas y competentes, cosa que no es habitual en países mucho más industrializados.

P. Entonces la campaña desencadenada contra usted por determinados sectores de la prensa portuguesa, por el solo hecho de ser mujer, ¿no corresponde a un prejuicio generalizado, a un sentimiento popular?

R. Esta campaña es, sobre todo, una campaña política, una manera fácil de expresar una oposición ideológica. Pero es indudable que el hecho de que una mujer sea primera ministra puede también hacer aflorar a la superficie prejuicios que uno pensaría superados en personas de nivel cultural de quienes precisamente las formulan. Reconozco con espanto que cierta categoría de hombres y mujeres que han tenido acceso al más alto nivel de instrucción tienen

más prejuicios sexistas que el pueblo en general. Los sondeos de opinión realizados en la calle demuestran que el hecho de tener una mujer como jefa de Gobierno no crea problemas particulares al pueblo portugués.

P. Puede incluso decirse que la presencia de una mujer en la dirección del Gobierno ha suscitado muchas esperanzas entre las que tienen la pesada carga de «gobernar» sus casas. Pero sus adversarios señalan que en lo que se refiere a las tareas domésticas su ignorancia es tan grande como la de sus colegas masculinos.

R. Se dice, pero no es verdad. Me gustan las tareas domésticas, que suponen para mí una manera alegre de hacer felices a las personas que amo. Crear un ambiente agradable, con un cierto elemento de belleza es para mí algo necesario. Forma parte de mi manera de ser, y las tareas domésticas que se relacionan con este

ambiente estético son para mí muy importantes. Tampoco admito una transformación social que no incluya una dimensión estética. Hay también en este tipo de trabajos un aprovechamiento, una racionalización de las tareas, que ayuda a desdramatizar lo que acontece en la vida cotidiana. Lo único negativo consiste en pensar que estas tareas son responsabilidad exclusiva de la mujer. Yo, que soy soltera, recibo muchas veces en casa a mis amigos, hombres y mujeres. Entonces me parecería muy mal que tuviera que ser yo siempre quien hiciera el café, o que la tarea de fregar los platos estuviera siempre a cargo de una mujer.

P. El hecho de ser soltera es una condición que suscita sospechas, que no se acepta aún con naturalidad...

R. En lo que a mí se refiere, es una opción consciente. Vivimos en una época en que no se puede considerar uno como persona en abstracto, asexual, neutral. Hay que ser necesariamente hombre o mujer. Desde muy joven he vivido casi exclusivamente con hombres: en la universidad éramos muy pocas mujeres, y en todas las tareas a que me he dedicado he sido siempre la única o la primera mujer. Desde entonces tengo una idea clara de lo que significa en todo momento ser mujer y cómo este hecho marca todos los actos de una persona. Quedarme soltera ha sido una elección personal de cara a conservar una mayor disponibilidad hacia las tareas que consideraba interesantes para mí.

P. ¿Como una especie de sacerdocio?

R. No. Para mí, el verdadero sacerdocio es el de la mujer casada y con hijos. Y precisamente porque yo sabía que, dado mi temperamento, si me casaba y tenía hijos me iba a dedicar exclusiva y totalmente a su servicio, decidí permanecer soltera. Mi vida está orientada hacia una multiplicidad de relaciones, a la disponibilidad más total para fidelidades siempre nuevas, convencida de que esta es otra forma de realización sexual para la mujer, en el sentido exacto de la palabra. Ahora que tengo cerca de cincuenta años puedo decir que ser mujer se refleja también en esta actitud, que se traduce en una serie de realizaciones concretas, en felicidad e incluso en decir en placer. No fue para mí un sacrificio muy difícil. Tampoco lo veo como una fatalidad; no lo fue, y mi elección estaba también orientada a abrir nuevos caminos a la mujer.

P. Su calidad de militante católica es otro de los puntos que ha generado más polémicas. En su rueda de prensa usted se refirió a la crisis de las democracias clásicas. ¿Estaba incluyendo a la democracia cristiana?

R. Incluyo a todos los partidos que entran en juego en las democracias parlamentarias. Aunque quiero precisar que reconozco la necesidad de este tipo de democracias, de los partidos políticos, y que considero además que los cristianos tienen todo el derecho legítimo de asociarse, si quieren, en nombre de su cristianismo. Mi crítica tiene otra base, aparte de que más que ser una crítica es una apreciación de las tendencias contemporáneas, es necesario completar la democracia parlamentaria con otras formas de democracia. Nuestro interés de ciudadanos no se agota en las actividades de un parlamento. La vida humana es mucho más rica que los aspectos que se debaten en los parlamentos. Por eso me parecen también importantes las formas directas de asociación y expresión de la voluntad del pueblo.

Un pisito de soltera

De María Lurdes Pintassilgo no puede decirse, estrictamente, aquello que aparece en los documentos de tantas y tantas mujeres portuguesas: «De profesión, sus labores.» O su casa. Para empezar, la presidenta del Gobierno de Portugal es soltera y su actividad profesional se encuadra en el campo de la ingeniería. Eso sin contar su actividad más absorbente, que es y desde hace muchos años, la política.

Así y todo, María Lurdes Pintassilgo tiene una cierta afición por la casa. Hasta el punto de que, durante sus años de representante portugués ante la Unesco, solía llevarse los asuntos oficiales a su residencia que, poco a poco, llegó a convertirse en especie de despacho, cosa que —según nuestras informaciones— no agradó mucho a los otros diplomáticos portugueses que trabajaban con ella en París.

Durante su estancia en Lisboa y hasta el momento de acceder a la Presidencia del Gobierno, María Lurdes Pintassilgo vivió en un piso comunitario (más bien pisito) situado en la orilla izquierda del río Tajo. En el piso, algo parecido a una residencia laico-religiosa, la actual jefe del Gobierno portugués vivía con otras mujeres, todas ellas pertenecientes a la organización GRAAL (nombre inspirado en el santo Grial), de matiz católico confesional. El piso es sobrio, pero elegantemente decorado.

En el momento de convertirse en jefe del Gobierno, María Lurdes tuvo derecho a vivir en la residencia de los primeros ministros portugueses, que será su dirección oficial durante el mandato, establecido en unos tres meses, hasta que se celebren elecciones generales y se constituya el nuevo Parlamento. Hasta ahora, no hay indicios de que María Lurdes Pintassilgo pretenda imponer su estilo en «la casa de los primeros ministros» portugueses.

“Como cristiana mi fe no me liga a ninguna opción política en particular”

Personalmente, como militante cristiana, mi fe no me liga a ninguna opción política en particular. Tal vez me identifique con esa definición, la primera que Jesucristo dio de sí mismo, cuando se presentó en la sinagoga y citó las profecías de Isaías: «He venido a anunciar una buena nueva a los pobres, dar la vista a los ciegos, liberar a los cautivos y redimir a los oprimidos.» Y después, cerrando el libro, dijo: «Y ahora se completan las escrituras.» Pero esta misión es tan profundamente humana que puede realizarse desde cualquier partido que esté inspirado por un humanismo profundo. Mi cristianismo no me liga a ningún partido, ni siquiera a una ideología específica. Reconozco que los partidos son necesarios para la educación y formación cívica de los ciudadanos en general, y para el equilibrio político de un país. Pero yo no tengo vocación de militante de partido.

En el terreno ideológico pienso que ningún dirigente puede hacer abstracción de las ideologías corrientes. Nadie se atrevería hoy a cuestionar la trilogía clásica de la revolución francesa: «Libertad, igualdad, fraternidad.» Pero, desde entonces, se han producido transformaciones que deben ser tomadas en cuenta. Hay, por ejemplo, las concepciones introducidas por Einstein, que considero tan ideológicas como los elementos claramente políticos, que nos dieron una idea de la unidad del universo, cosa que considero muy importante y que guía toda mi acción política. Es también muy importante el camino recorrido desde los primeros trabajos de Freud hacia el conocimiento de las estructuras de la personalidad humana y de los mecanismos que articulan estas estructuras. El tercer factor importante son las ideologías nacidas de las corrientes que se expresan en *El capital* y en las obras de los pensadores que siguieron a Marx e intentaron dar una nueva interpretación de la historia. Ningún pensador, ni mucho menos un gobernante, puede hoy ignorar estas corrientes, so pena de mantenerse en un atraso de siglo y medio.

P. Pero también existen las instituciones. Para los cristianos, por ejemplo, existen la Iglesia-institución, los partidos que se dicen cristianos, los sindicatos...

R. Cualquier organización de hombres y mujeres que se diga cristiana a nivel sindical o político tiene todo mi respeto. En junio de 1974 el episcopado portugués dirigió una carta pastoral a todos los cristianos de este país para recordarles que el mensaje del Evangelio no se agota en ningún partido. Me parece que la orientación de la jerarquía católica portuguesa ha sido muy clara en este plano, y esto ha podido causar sorpresa en un país básicamente cristiano. Pero lo que mucha gente ignora es que la Iglesia ha sufrido en Portugal, desde la segunda mitad del siglo XVIII, persecuciones cíclicas, bajo varios regímenes, con el marqués de Pombal, a lo largo del siglo XIX y bajo la primera República, que impidieron una implantación sistemática de la vida pública como la hubo en Francia o España, por ejemplo.

Como militante cristiana, no separo la Iglesia institucional de la otra. Para mí, la jerarquía es el elemento estructurador del pueblo de Dios, que es la Iglesia, y en el que algunos están en-



cargados de un servicio especial. Según el Vaticano II, cabe a los obispos la unidad del pueblo de Dios, y nada más. Pero esto mucha gente lo ignora, y a veces ni los propios obispos lo saben. Como jefa de Gobierno, estoy a la cabeza del ejecutivo de un Estado laico. Por mi parte, como por parte de la jerarquía católica, existe el mayor respeto a esta separación entre la Iglesia y el Estado.

P. Se la compara a usted con Juan Pablo II: muy abierta en el diálogo, pero intransigente con sus principios.

R. Es una comparación que me gusta mucho. No tengo más que dos cosas que lamentar: no ser tan deportista como el Papa, porque es una cosa que me encanta, y no ser una mujer de oración, como él es hombre de oración.

P. Han sido muy criticadas sus presuntas posiciones a favor del divorcio y del aborto.

R. El problema del divorcio está resuelto en Portugal sin que se haya producido ninguna perturbación ni del poder temporal ni del eclesiástico, que no tomó posición al respecto, cuando fue modificado el Concordato.

Sobre el aborto no pienso manifestarme en absoluto mientras esté a la cabeza del Gobierno. Considero imprescindible salvaguardar los valores que el cristianismo atribuye a todas las formas de vida, aun cuando se trate de una vida embrionaria. Creo que las leyes relativas a la limitación de la natalidad y a la legalización del aborto deben de ser objeto, antes de ser decididas en cada país, de un amplio y largo debate nacional, en el que todos tengan la posibilidad de expresar sus opiniones. Pienso que deben ser las mujeres las que se manifiesten en primer lugar. No por el eslogan fácil de que la mujer es la dueña exclusiva de su cuerpo, sino como un intento de profundización de lo que significa para la mujer la maternidad, y la relación que se establece en su seno entre ella y la nueva vida humana en gestación. Y para ello tiene una importancia insustituible la experiencia vivida. Confieso que estoy muy preocupada por la clandestinidad del aborto y las graves consecuencias que esta situación tiene para la salud física y psíquica de las mujeres, sobre todo en los medios rurales.

P. ¿Le parece que un debate de este tipo puede tener lugar sin hipocresía en un país como Portugal, que tiene una legislación social y laboral tan poco protectora de una maternidad feliz, consciente y protegida económicamente?

R. Está colocando el problema en la perspectiva correcta. Hay que conocer y resolver las razones que llevan al aborto.

P. Pero no hay nada en su programa de gobierno sobre la protección de la familia...

R. No es verdad. No hay nada en términos de protección de la familia como tal y tuvimos la preocupación de evitar el planteamiento del tema en términos de «familia» porque pensamos que se trata de derechos que asisten a todos los ciudadanos, independientemente de su situación presente. Sin embargo, es evidente que el Gobierno ha tomado especial interés en favorecer la salud pública, mejorar la situación de la seguridad social y de la vivienda. La nueva situación y los beneficios para la familia deben

Fundação Cuidar o Futuro





Tres mujeres para Europa

Tres son tres las mujeres que, en estos tiempos, se colocan en una suerte de cúspide europea: Margaret Thatcher, primera ministra (o señora primer ministro, a elegir, que el término aún no parece haber recibido su juicio salomónico); Maria Lurdes Pintassilgo, idem de idem portuguesa, y Simone Veil, antigua ministra (o) del Gobierno francés y recientemente elegida presidenta (e) del Parlamento europeo y a la que algunos llaman «primera dama de Europa». Tres mujeres de características muy distintas, desde luego. Maria Lurdes Pintassilgo es soltera y su vida aparece muy marcada por sus creencias católicas. Margaret Thatcher podría ser definida como una típica ama de casa británica dispuesta a llevar al Gobierno los principios, las energías y hasta las habilidades con que, tradicionalmente, se gobierna un hogar. Simone Veil, en cambio, lleva al Parlamento Europeo esa «charme» —un punto, siempre, aristocrática— que adjudicamos, a veces por puro papanatismo, a las élites francesas.

Pero, en cualquier caso, tres, son tres las mujeres que han conseguido situarse en los más altos niveles políticos de nuestra Europa occidental, y con ellas se abre la esperanza de que la condición femenina se abra nuevos caminos y más amplios cada vez en el llamado viejo continente. Esperanza que —por aquello de no perder la fe— aplicamos también a la mujer de nuestro país, aunque, francamente y tal como van las cosas, nos parece que, por desgracia, las posibilidades de ver a una española situada en la categoría de estas tres damas para Europa son, aún, bastante lejanas.

Las veinticuatro mujeres del Parlamento español son una baja cota en un país en que comienzan a diseñarse los cauces de la liberación de la mujer. Con una incorporación limitada en las tareas de responsabilidad social, los grupos feministas —de proliferación intensa en los últimos años— reivindican un papel más importante para la mujer española.

con nuestra trayectoria humana: nunca llegaremos, porque la búsqueda no tiene límite.

P. ¿Qué motivación inconsciente le ha llevado a escoger para el Gobierno este nombre de *Gobierno de los cien días*? ¿Tiene miedo de algún Waterloo?

R. ¡No, no! Lo llamo *Gobierno de los cien días* porque es lo que debe durar exactamente.

P. Pero ya se sabe que va a durar más...

R. Tal vez dure realmente un poco más, para dar lugar a que los partidos se adapten al nuevo equilibrio del Parlamento. Pero en rigor, y si se cumplen todos los plazos, disponemos de cien días hasta que esté formalmente constituida la nueva Asamblea, es decir, diez días después de la publicación de los resultados electorales. Pero si se quieren buscar las motivaciones inconscientes, tal vez lo haya decidido así por la necesidad que tengo de fijarme plazos cortos y precisos cuando realizo una tarea. Puede que se trate de una necesidad resultante de mi condición de ingeniera, que contradice otra de mis tendencias naturales: la romántica.

P. ¿Iba a decir lírica?

R. Exacto. Es una tendencia a prescindir del tiempo, dejando que nos invada y que la media hora que pasamos juntas pueda parecer un tiempo muy largo, precisamente porque es un tiempo lleno.

Mi formación de ingeniería me indica que la vida no se transforma a base de ideales exclusivamente, no basta siquiera tener un programa: es necesario que este programa se realice en un tiempo concreto, aunque no resulte perfecto.

P. ¿Porque su ministro de finanzas no se lo va a permitir?

R. Mi ministro de Finanzas hereda, lo mismo que yo, una situación muy compleja que no afecta tan sólo a la gestión portuguesa. Una importancia decisiva tiene también la solidaridad que encontremos o no por parte de los demás países.

P. Usted habló en su toma de posesión de «dar la palabra a los que están sin voz». ¿No le parece que los tiempos de crisis que atravesamos, lejos de facilitar la intervención de los «sin voz», favorecen los egoísmos nacionales o particulares?

R. Tiene usted toda la razón, estoy completamente de acuerdo. Pero precisamente por eso hay que desmitificar la crisis. Lo que está pasando ahora en el mundo es que se está produciendo una transformación radical de las premisas de la industrialización. Es necesario oír la opinión no sólo de los técnicos tradicionales, sino la de todos aquellos que no tuvieron hasta hoy la posibilidad de hacerse oír.

P. ¿No le parece un desafío excesivo?

R. Lo es. Pero es la tarea por la que luchó y lucharé hasta el último de estos cien días.

P. ¿Y después?

R. Después también, pero de otra manera...

Mientras nos despedimos, su realismo vence: «Vamos a ver lo que se puede hacer. Cien días es realmente muy poco tiempo...» Incluso para un ingeniero, sobre todo porque un país no es un laboratorio. Hay que contar con Dios y con los hombres, como dijo Maria Lurdes Pintassilgo en el Parlamento.

pro...rse como consecuencia de una toma de conciencia de las necesidades fundamentales y de la programación que se establezca en consecuencia.

P. Usted ha sido durante tres años representante de Portugal en la Unesco. ¿Cómo enfoca ahora las funciones de jefa de Gobierno transitorio de un pequeño país, económicamente débil, como Portugal? ¿Como un desafío, un sacrificio o un banco de pruebas...?

R. Lo veo ciertamente como un desafío. No diría como un banco de pruebas, porque no considero a mis compatriotas ni a la vida portuguesa como simples cobayos. Pero encaro mi trabajo de gobierno como un intento serio de innovación y experimentación social, y esto lo asumo con entera responsabilidad. Esta experiencia me obligará a hacer más claras y precisas las opciones que venía defendiendo desde hacía tres años en la Unesco. Tampoco enfoco mi vida como una carrera en que se sube o se baja en relación a una jerarquía de funciones. Pienso que la verdadera evolución de las personas, tanto en el plano profesional como en la vida social, se hace en términos horizontales. Para mí, ser primera ministra no significa realizar una función más importante de la que realizaba antes, o que los contactos que pude establecer el año pasado cuando era profesora de la Universidad Católica de París, al dirigirme a un público de jóvenes. Tampoco me parece menos importante dedicarse a tareas aparentemente más limitadas, como pueden ser las llamadas «experiencias-piloto».

P. Pero usted pertenece al grupo Grial, cuyo nombre sugiere la idea de búsqueda.

R. Precisamente en la leyenda medieval que dio nombre al grupo al que pertenezco, la búsqueda del Santo Grial, era un caminar de aventura en aventura buscando en cada una de ellas una señal, una revelación que nos enseñe quiénes somos y que permita la transformación de la sociedad en que vivimos. Cada etapa es tan importante como las demás. Por cierto, la versión cristiana de la leyenda del Grial, escrita por Chretien de Troyes, no tiene fin, se quedó inacabada, lo cual es muy significativo en relación